EL PRIMITO.

COMEDIA

EN DOS ACTOS,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.




MADRID:

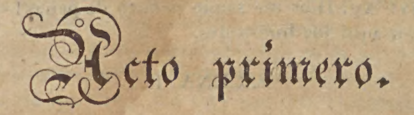
EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
DON EUGENIO.	*D. Julian Romea.*
DON FACUNDO.	*D. Antonio Guzman.*
DON LUIS.	*D. Pedro Sobrado.*
DON MARIANO.	*D. José Diez.*
DON RAMON.	*D. Manuel García.*
DOÑA MARIA.	*D.ª Teodora Lamadrid.*
LORENZO.	*D. Ignacio Silvostri.*
ROSA.	*D.ª Maria Vierge.*
CRIADOS.	

La escena es en una fonda de Madrid.



Una habitacion de la fonda: á la izquierda chimenea encendida, y una puerta condenada, que se supone dar á la habitacion de otro huesped: en el fondo, puerta de dos hojas; y á su lado un armario grande: á la derecha, en primer término, un balcon; en segundo, una puerta: delante del balcon un velador y un sillon. Estante, butacas, sillas &c.

ESCENA PRIMERA.

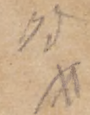
ROSA, *soplando la lumbre.*

Vaya! pues no es poco tarde, y todavia no han vuelto de las máscaras! Que vida!... sin dormir!... Y yo, como tengo que estar al cuidado por si vienen, tampoco me he desnudado en toda la noche. Ya, ya!... esto es ganar la vida!... vida de perros! y sin esperanzas! Mejor hubiera hecho en casarme con Anton y quedarme en Arganda. Pero me dijeron que aqui en Madrid solian tener las mozas mejor proporcion... y que muchas se casaban con señoritos... y por eso me vine á servir. Luego comenzé á ir á vistas á un sin fin de casas; pero en todas se me figuraba que habia mal pelage... y, vamos, no veia yo ningun señorito de los que me decian. Con que me salió esta conveniencia, y dije, mejor negocio puede que haga en esta fonda, que como dicen que es la mejor de Madrid, mas facil es que encuentre aqui alguno que me saque de criada. Pero sí!... Con tantos huéspedes que van y que vienen, y ninguno me dice nada!... digo, nada con formalidad... lo que es chicoleos... mi compañero Lorenzo á cada momento... don Eugenio, el que vive en este cuarto, sí que es guapo!... Ay! pero ese es muy señorito y muy rico para mí!...

Anoche vino otro huesped á ese cuarto del número nueve... un mocito muy guapo y muy finito... apenas tendrá 18 ú 19 años... y me habló con un modito!... Pero quiá! Ay! Dios me saque pronto de penas!—Vaya... ya están aqui los huéspedes.

ESCENA II.

ROSA. D. FACUNDO, *de dominó con la careta en la mano; luego*, D. EUGENIO.



Facundo. Anda, sobrino, anda! (*Yendo derecho á la chimenea.*) Uf!... que frio traigo!... Hola! hermosa lumbre nos tienes preparada, Rosa! Eres muger prevenida.

Rosa. No que no! ustedes se lo merecen todo. (*Mirándole y riendo del traje.*) Hi, hi, hi!... qué saco trae usted, señor!... parece un fraile... mal comparado!

Facundo. Calla!... qué gracia!—Y tú no has estado en el baile?

Rosa. Yo?... vaya! no se burle usted.

Facundo. Pues habia alli un chino que se parecia á tí como un huevo á otro.

Rosa. Un chino?... vaya!

Facundo. Anda... anda, sácame la bata y las chinelas.

Eugenio. Has oido, Lorenzo? Anda y vuelve pronto.

Rosa. Eh, quieren ustedes algo mas?

Eugenio. (*Haciéndola una fiesta.*) No, cancerbero!

Rosa. (*Aparte.*) Qué amable es! siempre me dice chicoleos! esta sí que era proporcion! (*Se va.*)

Eugenio. Con que, tio, ya ha visto usted lo que son los bailes de máscara en Madrid.

Facundo. Cosa soberbia! Cómo me he divertido! (*Bostezando.*) He pasado una noche deliciosa!... Estoy reventado!

Eugenio. Cuánta gente! qué confusion!

Facundo. Y qué bailar!... qué cosas se bailan en Madrid, hombre!... Aquello último en que tanto corren... qué demonio!

Eugenio. La greca.

Facundo. Eso es. (*Tarareando las habas verdes.*) Tan, taran, tan...

Eugenio. Tio! esas son las habas verdes!

Facundo. Qué sé yo! por este estilo era. Yo estaba hecho un bobo!—Y tú que no querias venir al baile!...

Eugenio. (*Aparte.*) Es verdad, no queria... porque se lo ofrecí á mi adorado tormento, que se la antojó no ir... y es tan celosa! Pero el tio se empeñó... y yo que soy blando de corazon... En fin, por esta vez perdone Luisa. Es una tentacion que no puede uno desechar!... Y luego, la esperanza de encontrar en el baile á mi hermosa desconocida... esa especie de sombra invisible, tras la cual ando perdido...

Facundo. (*Dormido*, *tarareando.*) Tan, taran, tan...

Eugenio. Tio, se duerme usted?

Facundo. Qué? No, hombre, no. Si estoy mas despavilado!... Es que me quedé traspuesto, y se me representaban otra vez aquellas figuras dando vueltas... Alli habia una de dominó color de rosa... válgame Dios que bromista! si vieras cuanto me habló de ti!

Eugenio. Sí: tambien á mí me embromó bastante. (*Aparte.*) Si seria la desconocida?

Facundo. (*Levantándose y remedándola.*) «Dime, qué tiene tu sobrino? por ahí anda tan distraido, como si buscara alguna máscara: está enamorado?»—Hola, dije yo para mí: esta es alguna que está encaprichada por Eugenio: voy á ver si la conquisto... por el bien de mi sobrino. «Mascarita» la dije yo: «no sé si está enamorado: pero si te ha visto, no será dificil que lo esté.»

Eugenio. Miren si mi tio sabe ya decir flores!

Facundo. Con que la tomé del brazo y empezé á decirla: «Qué bonita mano tienes... y qué pie...» En esto la miro á los pies, y me encuentro con un par de botas!

Eugenio. (*Riendo.*) Ah, ah... qué chasco!

Facundo. Mucho, mucho me he divertido! (*Mudando de tono.*) Pero, señor sobrino, ya basta de locuras. Dos meses hace que dejé mi pueblo y vine á Madrid, á sacarte de esta vida disipada, á que te dejes de bailes y de comilonas, y de amores con esas ninfas, como la tal Luisa y otras de su calaña... Y en estos dos meses tú me has sacado de mis casillas... has hecho conmigo como el demonio con San Antonio Abad. Entre tus

amigos y tú me llevais de ceca en meca... y yo me dejo ir... para ver si te arranco de aqui... Pero dirá el mundo que damos el ejemplo de un sobrino que pervierte á su tio.

Eugenio. (*Riendo.*) Que yo le pervierto á usted? Buenas y gordas!... y en todas las bromas es usted el mas calavera.

Facundo. Quite usted de ahi! Me está usted haciendo pasar una vida de perros... vamos, al principio... pase. Me dejé ir... por ver lo que era Madrid... desde el año 14 no habia vuelto.

Eugenio. Pues por eso le he llevado á usted á verlo todo.

Facundo. Pues ha sido una picardia! Me ha hecho usted jugar... me ha hecho usted beber... he pasado ya dos ó tres cólicos... Buena vida es la de Madrid.

Eugenio. Vida de sensaciones.

Facundo. He gastado en dos meses la renta de un año. Pero todo lo he hecho para desengañarte, para que contemples el abismo donde te has metido. Ya es tiempo de que me revista de la autoridad de tio, y te diga: Eugenio, hasta aqui llegó: he resuelto casarte.

Eugenio. Vaya, tio, que usted descanse: me voy á dormir.

Facundo. (*Deteniéndole.*) No, señor: óyeme, y ten juicio una vez en tu vida. Tú eres mi único sobrino y mi heredero, heredero de los Chinchillas: no dejes que muera contigo ese ilustre apellido.

Eugenio. Yo me holgaria mucho de poderlo perpetuar... pero no con esa doña Maria... que es su empeño de usted, esa viuda venerable, que usted ha desenterrado de las antigüedades de Córdoba. Tio, qué le he hecho yo á usted, para que quiera buscarme esposa de tan larga fecha?

Facundo. Si tú no la conoces.

Eugenio. Ni usted tampoco.

Facundo. No la conozco... personalmente; pero conozco á su tia doña Francisca, que ahora se ha establecido en Madrid, y á quien yo escribí, que asi que llegase la iriamos á visitar. Nada, no ha habido forma de llevarte: tú eres quien me ha llevado á mí á tus bromas y tus comidas.

Eugenio. La tal doña Maria!... vamos, lo estoy viendo.

Una muger que se llama doña Maria lleva ya en el nombre su retrato. Nació á fines del siglo pasado; casó á principios de este: asistió á la corte del príncipe de la Paz: enviudó en la guerra de la independencia, y hoy vive sorbiendo rapé, y adorando en dos gatos de angola y una perrita de aguas. Ahí tiene usted á doña Maria.

Facundo. Ahí tiene usted! ahí tiene usted! Buen modo de juzgar! Porque se llama doña Maria! Si uno fuera á sacar por el nombre... qué nombre mas feo que el de trufas, que anda ahora tan en moda? Qué quiere decir trufas? Pues voto á brios que no he comido cosa mas esquisita!... aquel capon relleno que nos dieron ayer era para chuparse los dedos!

Eugenio. Hola... se va usted haciendo gastrónomo?

Facundo. Yo no sé á punto fijo que edad tendrá la viuda; pero me han asegurado que es una señora escelente. Su marido efectivamente no era jóven; y al morir la dejó junto á mi pueblo unas haciendas que valen un caudal.

Eugenio. A doña Maria?

Facundo. Dale, qué pesado eres!... En tomando una tema!... Y no te cuidas de que haya gente delante. Ayer, comiendo con tus amigotes en la fonda de Genieis, empezaste lo mismo... vuelta con doña Maria... sin reparar que en el cuartito del lado habia un caballero de edad y dos señoras, que se rieron á carcajadas de tus majaderías y tus burlas de doña Maria.

Eugenio. Es verdad, tio. Y si viera usted que pie tan lindo tenia!

Facundo. Quién? el caballero?

Eugenio. No: la mas joven de las dos: lo reparé cuando subieron al coche, y en el aire, me pareció que era la misma que ví el otro dia atravesar el Prado.

Facundo. Pero no la viste la cara?

Eugenio. Qué habia de ver! Esos malditos velos... qué moda tan fatal! Pero cuando uno es conocedor no necesita ver la cara. El aire, el talle, las maneras... vamos, estoy seguro de que es la joven mas preciosa y mas elegante que se pasea por Madrid. Seguro! Seguro!

Facundo. Seguro! Seguro! Tan seguro como el retrato de

doña Maria. Cabeza mas destornillada!... Eugenio, tú te vas á perder! Y la disputa de anoche en el baile? Allí te vi enredado con un joven, dándole las señas de la fonda donde vivimos.

Eugenio. No fue nada. Un jovencito que se vió insultado por uno de esos perdonavidas, que la echan de calaveras... y á quien estoy deseando darle una leccion. Vi que insultaba al muchacho, y como le tengo ganas al tal, me metí en el lance, y le dije al joven, yo seré su padrino de usted, vaya usted á buscarme mañana.

Facundo. Y quién te metia donde no te llamaban? Ves como es necesario casarte al momento, á ver si sientas la cabeza?

Eugenio. Volvemos!...

Facundo. Sí, señor, volvemos. Lo he tomado á empeño: ó te casas, ó no cuentes con mi herencia. Soy capaz de comerme todo lo que tengo para no dejarte un maravedí. Y ahora que tú me has enseñado el camino... verás que maña me doy.

Eugenio. No, tio: poco á poco! No lo tome usted tan de veras.

Facundo. Hola! parece que esa amenaza te llega al bulto, éh?—Pero calla! Ya sé como desengañarte respecto á la viuda...

Eugenio. Doña Maria?

Facundo. Dale! yo no la he nombrado!—Qué feliz ocurrencia! (*Aparte.*) Ya no me acuesto: voy á casa de su agente, y él me lo dirá todo.—Con que, vamos á esto: si yo consigo hacerte ver que doña...

Eugenio. Maria.

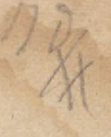
Facundo. No! que la viuda es... no digamos que sea... pero... en fin... asi, asi... una cosa...

Eugenio. Admisible?

Facundo. Me das palabra? Corriente.—Lorenzo!

ESCENA III.

DICHOS.—LORENZO.



Lorenzo. (*A D. Eugenio.*) Señorito, venia con la respuesta...

Eugenio. (*En voz baja.*) Chit! calla!... Despues me dirás...

Facundo. Lorenzo, pronto, tráeme un coche, una berlina, un bombé...

Lorenzo. Tres carruages?

Facundo. No, borrico; me he de meter en tres á un tiempo? Uno de ellos, cualquiera.

Lorenzo. Voy corriendo. (*Vase.*)

Facundo. Lo que esté mas pronto.—Estoy contentísimo de mi ocurrencia; verás, verás como al fin te casas, y vives como un patriarca.

Eugenio. No gaste usted esas bromas, tio, que son pesadas.

Facundo. Aqui no hay bromas que valgan; al contrario, tú eres quien debe despedirse ya de bromas y de calaveradas, y de esos amigos que te traen vuelto el juicio.—Ah, dime: á qué hora han de venir á comer?

Eugenio. Pues no dice usted que no los puede ver?

Facundo. Que no los quiero ver. Pero si los has convidado! Has encargado ostras, que es cosa riquísima; y vino de Champaña, que es lo mas delicioso! (*Mudando de tono.*) De modo, señorito, que nunca saldremos de comilonas?... Y á qué hora, á qué hora?

Eugenio. A eso de las cuatro.

Facundo. Bien; entre tres y cuatro... Hemos almorzado tan temprano... Y quiénes son los que vienen?

Eugenio. Los de siempre: Luis, Mariano, Ramon...

Facundo. (*Tomando el sombrero.*) Buenas piezas! Alborotadores, siempre disputando y apostando por todo. Me fastidia esa manía de apostar!

Eugenio. Y Luis pierde siempre. Con sus dos onzas del otro dia pago hoy la comida.

Facundo. Pues siendo él quien la paga... voy á hacer ganas de comer.

Lorenzo. (*Saliendo.*) Señor, ahi está la berlina.

Facundo. Voy allá.—Adios, Eugenio. Qué seria de tí si no tuvieras un tio tan diligente... tan formal como yo... tan enemigo de bromas... (*A Lorenzo.*) Cuidado que las ostras sean frescas! (*Se va.*)

ESCENA IV.

D. EUGENIO. LORENZO.

Eugenio. Anda con Dios! Que corra hasta que se las pele tras su doña Maria.—Y qué hay, Lorenzo?

Lorenzo. Ya he estado en la fonda de Genieis, señorito.

Eugenio. Buscaste al mozo que te dije habia servido á los que comieron en aquel gabinetito? Es uno cojo...

Lorenzo. Juan: sí señor; si le conozco mucho: somos amigos.

Eugenio. Y te dijo que habia servido él la comida á un caballero viejo con dos señoras?

Lorenzo. Sí señor: un viejo con sobretodo verde... ó color de castaña...

Eugenio. Bien: el color no es del caso... ni el viejo tampoco. La señora...

Larenzo. La mas vieja dice que llevaba una mantilla...

Eugenio. Tampoco quiero saber eso. La joven, la joven!

Lorenzo. Ah! la joven: dice que era muy guapa! morenita, pero con unos ojos...

Eugenio. Buenos ojos, eh?

Lorenzo. Vaya! dice Juan que tenia unos ojos...

Eugenio. Y qué clase de gente era?

Lorenzo. Oh! dice Juan que era gente muy encopetada!

Eugenio. De veras?

Lorenzo. Le dieron tres pesetas de propina!

Eugenio. Y qué es lo que sabe de ellas?

Lorenzo. Dice Juan que... que no sabe mas.

Eugenio. Ah, tonto! Con que no sabe el nombre?

Lorenzo. El nombre? no señor. Ah!... calle usted. Sí señor: dice Juan que la mas vieja la decia: «Aurora, no seas caprichosa!»

Eugenio. Aurora! Qué lindo nombre! Ya me lo figuraba! Si el nombre no puede engañar! una muger que se llama Aurora debe ser hermosísima! Pero sepamos; es casada ó soltera? dónde vive?

Lorenzo. Eso se me olvidó preguntárselo á Juan! Pero deje usted; voy en dos brincos...

Eugenio. No, no; deja. Iré yo mismo: quiero hacerle un millon de preguntas, y por el hilo...—Mira, preven

que la comida sea selecta: cinco cubiertos, ya sabes: que pongan la mesa ahí, en esa sala. Voy á vestírme para salir. (*Entrase.*)

ESCENA V.

LORENZO. *Luego* ROSA.

Lorenzo. Mejor para mí: me libro de dar ese paseo. Son muchos señoritos estos del gran tono! Siempre tras de las muchachas! Ven una rubia: ay! cómo me gustan las rubias! Ven una morena: ay! cómo me gustan las morenas! No dejan muger á vida!—Ah! no se me olvide hacer que abran las ostras. Rosa!... Rosa!...

Rosa. (*Dentro.*) Voy allá.

Lorenzo. Que saquen ostras y las vayan abriendo.

Rosa. (*Sale.*) Para este cuarto? Ya lo he encargado. Cuánto ir y venir!

Lorenzo. Pues y yo! (*Sentándose en una butaca.*) Ay! estoy reventado de trabajar!

Rosa. (*Arrastrando una silla y sentándose á su lado.*) A mí ya no me sostienen las piernas. Tantos huéspedes!... y para el caso no hay mas que nosotros dos para atender á todo.

Lorenzo. Mala vida es esta, Rosa!

Rosa. Indina! unas ganas tengo de descansar! (*Aparte.*) Calla!... pues no habia yo caido... Este Lorenzo, que lleva aqui tantos años debe tener hecha pacotilla. Y bien mirado... no es del todo feo... tiene una patata por narices, pero las demas faiciones... Y si una se anda con melindres no se casa nunca.

Lorenzo. Lo que es yo no aguanto mas que un año.

Rosa. Un año, eh? Pues yo... quién sabe? todo fuera que... Ya eres tú buen perillan, Lorenzo! Habrás hecho tu negocio, y luego te retiras á buen vivir, y te estableces como Dios manda...

Lorenzo. Pues.

Rosa. Te casas...

Lorenzo. Que me caso? Calla! y es verdad! Pues mira, no habia yo caido en eso.

Rosa. Pues qué has de hacer? (*Arrimando la silla y dándole una palmadita.*) Te casas...

Lorenzo. Vamos á ver; y con quién?

Rosa. Con quién? Con una muger...

Lorenzo. Ya!

Rosa. Vamos al decir... con una muger asi... hacendosa... que no sea muy niña... (*Aparte.*) A que no cae este borrico!

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA MARIA, *vestida de hombre.*

Maria. (*Dentro.*) Eh! Muchacho!

Lorenzo. (*Levantándose.*) Quién llama?

Rosa. (*Idem.*) Por la voz es el jovencito que vino anoche; el del número 9. Tambien ha pasado la noche de parranda.

Maria. (*Sale.*) Hola, que estais aqui.

Lorenzo. (*Aparte á Rosa.*) Este será de los convidados á comer: voy á que pongan otro cubierto. (*Se va.*)

Mária. (*A Rosa.*) Aguarda tú.—Dime, no es este el cuarto de don Eugenio?

Rosa. Sí señor: se está vistiendo. (*Llamando.*) Don Eugenio!

Maria. No, no le llames.

Eugenio. (*Dentro.*) Qué hay?

Rosa. Aqui le busca á usted un caballero.

Eugenio. Voy al instante: que tenga la bondad de sentarse.

Rosa. Que tenga usted la bondad de sentarse. (*Aparte.*) Pues es guapo chico!... y una criatura, como quien dice!

Maria. (*Algo recelosa.*) Dime, don Eugenio está solo?... no hay nadie con él?

Rosa. No señor, nadie. Y no deja de tener visitas... sobre todo de señoras guapas.

Maria. Hola! Señoras!

Rosa. Qué quiere usted, es mozo! Aqui suele venir una joven que llaman doña Luisa...

Maria. (*Aparte.*) Luisa! La misma.

Rosa. Viene en coche, y cuando no está el tio, se van juntos á paseo... Pero no diga usted que yo le he dicho nada de esto; porque en estas casas no debe una contar nada de los huéspedes.—Creo que me llaman; quede

usted con Dios. Ya tiene usted su cuarto limpio y arreglado. (*Aparte.*) Qué gracioso es!

ESCENA VII.

DOÑA MARIA.

Mucho me ha mirado; si sospechará?... No es posible. Sin embargo, tengo un desasosiego... pero ya he echado el pecho al agua, y es preciso llevar mi plan adelante. Señor don Eugenio, yo le enseñaré á usted á juzgar de las gentes por el nombre... á burlarse en una fonda y delante de sus amigos de la pobre doña Maria. La verdad es, que á pesar del empeño de mi familia, yo no queria volverme á casar; pero han sido tan pesados que me han hecho venir á Madrid, parar en casa de mi tia y esperar la visita del novio. Pero nada; el tal novio no parecia, y al fin averiguo cuál es el motivo de su repugnancia: mi nombre, que le ha dado una triste idea de mí, y anda poniéndome en ridículo. Esto me ha picado... me ha herido vivamente... me ha hecho seguirlo, observarlo, averiguar su vida, y he sabido buenas cosas del señor mio!—Ponerme en ridículo! Si hubiera dicho que era... qué sé yo! que era coqueta: vaya! pero decir que soy vieja y fea! Yo le daré una buena leccion! Anoche en las máscaras recogí datos suficientes para empezar mi venganza... La tal Luisa!— Silencio, es él; serenidad y aire de calavera. (*Se mira al espejo.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MARIA. DON EUGENIO, *vestido, con sombrero.*

Eugenio. (*Poniéndose los guantes.*) Quién es el caballero?... Hola, que es el jovencito del baile.—Felices dias, amiguito.

Maria. Pido á usted mil perdones de haberlo incomodado.

Eugenio. Nada de eso! Estoy á la orden de usted.—Con que vamos á ello? Llevaré unas pistolas nuevas que tengo aqui. (*Sacándolas.*) Oh! estas no fallan!

María. (*Con miedo.*) No, no!... no hay necesidad!

Eugenio. Pues allí tengo tambien floretes: verá usted...

María. No, no!... tampoco! Si el lance está concluido.

Eugenio. Ah! que, lo compuso usted?...

María. (*Con petulancia.*) Yo no compongo nunca esas cosas. Ya tiene para dos meses de cama.

Eugenio. Cáspita!

María. (*Aparte.*) Ni le he vuelto á ver.

Eugenio. El diablo es usted!

María. Ya conoce usted que para una cosa tan sencilla no se necesitaban padrinos, por eso no le he incomodado á usted; pero he creido de mi deber venir á darle las gracias por haberse brindado á acompañarme. Toque usted esos cinco: es usted un valiente!

Eugenio. (*Admirado.*) Amigo, ese elogio en boca de usted me llena de orgullo! (*Aparte.*) Quién lo habia de decir?... Con esa figurilla!...—Sabe usted que al verle tan joven, y con esa fisonomía tan delicada: nadie presumiria...

María. Tan joven? Ay! amigo mio!... ya voy siendo viejo! tengo 19 años!

Eugenio. (*Aparte riendo.*) Ah, ah!... tiene chiste. — Quiere usted decirme su nombre?

María. Carlos Aguilar, sevidor de usted. (*Aparte.*) El nombre de mi primo.

Eugenio. Muy señor mio: Pues lo cierto es, que á primera vista he simpatizado con usted de un modo estraordinario. Tendria mucho gusto en que viviéramos juntos!

María. De verás?—Pues el acaso me proporciona esa satisfaccion...

Eugenio. Vive usted en esta fonda?

María. En el cuarto inmediato, número 9.

Eugenio. Número 9?... Delicioso!... Estamos mas cerca de lo que usted cree.

María. Cómo es eso?

Eugenio. Como que esta es una puerta de comunicacion. Verá usted... (*Va á abrirla.*) Tiene echado por dentro el cerrojo. Pero lo descorre usted, y podemos pasarnos á conversacion de dia, de noche... á todas horas.

María. (*Aparte.*) Ay! Dios! si yo lo hubiera sabido!... Me mudaré de cuarto.

Eugenio. Ah! y digame usted, el lance de anoche por qué fué?

María. (*Aparte.*) El mismo me da pie.—Nada; una ton-

tería. Yo llevaba del brazo á una joven...

Eugenio. Adorado tormento, eh?

María. Algo! Y aquel necio que usted vió, la dijo al paso no sé qué insolencia. Pero yo le escarmenté!... (*Con ademan de dar un bofeton.*)

Eugenio. Hola!

María. Pues no faltaba mas!

Eugenio. Cáspita con usted! Pero amigo, cuando uno está enamorado...

María Lo que es enamorado...

Eugenio. Vamos que sí! Y es bonita?

María. Pe!... alta... rubia... ojos azules...

Eugenio. Y fiel... como todas.

María. Poco á poco! lo que es eso, estoy seguro de que no quiere á nadie mas que á mí.

Eugenio. (*Aparte.*) Pobre inocente! — Eso es mucho decir, compadre! Yo, en mi larga carrera amorosa, quizá no pueda alabarme de otro tanto... Aunque sí! lo que es ahora tengo una... Vamos, esa sí! Me parece que bien puedo afirmar... Pobrecilla!

María. Usted dirá lo que quiera; pero repito que yo tambien estoy seguro de la mia. Si usted la viera... es un ángel!

Eugenio. Y acá, inter nos... cómo se llama?

María. (*Con tono romántico.*) Ah!... Luisa!

Eugenio. (*Muy serio.*) Eh?... Luisa?... Alta, dijo usted?...

María. Alta!

Eugenio. Rubia, dijo usted?

María. Rubia!

Eugenio. Ojos azules, dijo usted?

María. Azules!

Eugenio. Oiga usted!... vive en la calle de Hortaleza?

María. Sí, subiendo... á la derecha... casa de huéspedes...

Eugenio. Ah! bribona!

María. (*Aparte.*) Buena alhaja es la niña!

Eugenio. Y yo tan confiado!...

María. Qué está usted diciendo?

Eugenio. Qué he de decir!... Que su Luisa de usted... vamos... es la misma de que hablamos los dos!... y quién sabe cuántos mas podrian entrar en el secreto.

María. Imposible!... Ella que anoche mismo me juraba...

Eugenio. Anoche?... en el baile?...

María. Fuimos juntos!

Eugenio. Por eso me exigió que no fuera yo!... y tambien me juró ayer mañana...

María. (*Fingiendo cólera, y riendo á hurtadillas.*) Muger infame!

Eugenio. Engañar á una criatura, llena de ilusiones, como es usted!

María. Esa es una vileza!

Eugenio. Y á mí?...

María. Oh!... á usted?... Eso no tiene perdon!

Eugenio. Voy ahora mismo y la alboroto la casa!.

María. (*Aparte.*) Qué diablura!... va á averiguar que es mentira!—Qué está usted diciendo? Ese no es el camino.

Eugenio. Cómo no?

María. Como que entrará usted furioso... habrá voces, lagrimas, amenazas... habrá aquello de «traidora!» —«Yo no te he hecho traicion.»—«Puedo probártelo.» —«Eugenio! Eugenio! eso no es mas que un pretesto para dejarme porque ya estás cansado de mi.»—«Ojala fuera cierto.»—«No lo estás?... Ah! pues cómo dudas de quien tanto te adora?»—«Es verdad?... tú me adoras?... Ah!...» Y aquí entran las satisfacciones... las esplicaciones... los nuevos juramentos... los abrazos... la... vamos, vamos, digo que no es ese el camino.

Eugenio. (*Aparte.*) Demonio de muchacho!... lo que sabe!... parece mas corrido que un hombre de 30 años!

María. La venganza debe ser sangrienta!

Eugenio. Es verdad.

María. Cosa que la escueza.

Eugenio. Sí.

María. Y que la ponga en ridículo con el público.

Eugenio. Eso es! eso es!... Es usted admirable!... Casi me alegro ahora de este chasco, porque es un lazo mas que nos une y estrecha... Ah! venga un abrazo!

María. Chit!... quieto, quieto!... Eso de abrazo... yo no los doy asi, no mas... necesito pruebas de amistad muy íntima...

Eugenio. (*Aparte.*) Este joven es un filósofo!

ESCENA IX.

DICHOS. ROSA.

Rosa. Señor Don Eugenio... aquella persona... pregunta por usted... abajo está, en un coche... (*A media voz.*) Es Doña Luisa.

Eugenio. Luisa!

Maria. (*Aparte.*) A Dios! cayose la casa á cuestas!... ahora lo descubre todo!

Eugenio. Ha visto usted que descaro!

Rosa. Que no deje usted de bajar... que tiene prisa... que ella le esplicará á usted... Qué sé yo lo que me ha dicho!

Eugenio. Bien; que suba. Yo la confundiré en presencia de usted.

Maria. No, no; yo no quiero verla. (*Yéndose.*)

Eugenio. Pues yo bajaré, y la haré entender...

Maria. Otra tontería! Ir á escuchar las mentiras que inventará! esponerse á caer en el lazo! —No señor, usted no entiende estas cosas, y yo no le abandono.—(*A Rosa.*) Dí que Don Eugenio ha salido.

Eugenio. No; que está almorzando con unos amigos, y no quiere bajar.

Maria. Aguarda.—Lo mejor es una carta de rompimiento que la confunda... es decir, dos cartas á un tiempo; una de usted y otra mia. Ese será un golpe que la hunda!

Eugenio. Magnífica idea!—Aguarda un poco Rosa. —(*A María.*) Póngase usted ahí. (*Le indica la mesa.*) Tome usted tintero...

Maria. (*Sacando un libro de memorias.*) No: yo la escribo aqui con lapiz... esto es mas humillante... mas seco.

Eugenio. (*Sentándose.*) Pues yo escribiré aqui. Qué la diré?... quisiera encontrar palabras que fueran rayos!... que la hicieran saltar por la ventanilla!

Maria. (*Escribiendo.*) «Niña!...»

Eugenio. (*Id.*) «Monstruo!...»

Maria. «He averiguado su conducta de usted...»

Eugenio. «He descubierto su teje-maneje...»

Maria. «Y me doy el parabien...»

Eugènio. «Y te doy la enhorabuena...»

Maria. «No quiero satisfacciones...» Esto en letras gordas

Eugenio. «Lo sé todo...» Este *todo*, subrayado.

María. «No quiero volver á ver á usted...»

Eugenio. «No me escribas...»

María. «Deje usted de perseguirnos.» — *Nos*, en plural.

Eugenio. «A Dios, perjura.»

María. «A Dios, coqueta.»

Eugenio «A Dios, patrona de huéspedes.» —(*Riendo.*) Ah, ah!... Patrona!... patrona!...

María. Perfectamente!

Eugenio. (*Cerrando la carta.*) Se muere de un sofoco!

María. Esto se llama un pasaporte! (*A Rosa, aparte, dándole una moneda y guardándose la carta.*) Toma, y haz como si llevaras mi carta: cuidado.

Rosa. (*Aparte.*) Qué embrollo es este!

Eugenio. (*Dándola la carta.*) Toma: anda volando.

ESCENA X.

DOÑA MARIA. DON EUGENIO.

María. (*Aparte.*) El primer golpe ya está dado: continuemos nuestro plan.—Con que, hasta la vista: tengo mas diligencias que hacer...

Eugenio. Ya se va usted?... No señor: despues de las pruebas de amistad que nos hemos dado, es preciso que coma usted hoy conmigo.

María. Tendria mucho gusto en ello; pero...

Eugenio. Justamente he convidado unos amigos... le presentaré á usted á ellos como al preferido... porque no sabe usted hasta qué punto le quiero!

María. Vamos!... que algun rencorcillo me guarda usted!

Eugenio. Por lo de Luisa? No: mi palabra de honor!... Todo lo contrario: estaba ya deseando, si le he de decir á usted la verdad, una ocasion de romper con ella. Porque... hablemos francamente: hace unos dias que estoy loco por otra.

María. Calla! tiene usted amores de reserva?

Eugenio. Sí: una joven á quien no he visto la cara...

María. Y de qué se ha enamorado usted?

Eugenio. De todo lo demas: del talle, del pie, de la mano... Es celestial! estoy perdido de amor!

Maria. Vaya! es usted muy combustible!

Eugenio. Cómo ha de ser!Oh! y lo que es esta vez, me parece que es una pasion verdadera, eterna, la que me ha inspirado mi divina Aurora.

Maria. Aurora! Cómo es eso?

Eugenio. Asi se llama mi dulce desconocida: es lo único que sé de ella, el nombre. Dos veces la he visto... una en el Prado... como una aparicion mágica... cubierta con un velo...

Maria. (*Aparte.*) Es posible!... Pues yo no creí que habia reparado...

Eugenio. Y otra vez, ayer, en la fonda de Genieis.

Maria. Y está usted cierto de que era la misma?

Eugenio. Oh! sí lo estoy!... No hay dos cuerpos como aquel en todo Madrid. Si viera usted que aire tan elegante!... qué andar tan magestuoso!... qué figura de ninfa aérea sobre humana...

Maria. (*Aparte.*) Válgame Dios!... ya no le tengo tanta cólera como antes!

Eugenio. Créame usted! estoy seguro de que su talento y su hermosura deben corresponder á su lindo talle.

Maria. (*Aparte.*) Y discurre con mucho juicio!

Eugenio. No hay sacrificio que no hiciera por ella!

Maria. (*Aparte.*) Está enamorado!... esa es la venganza que yo buscaba!—Dice usted que se llama Aurora, y comió ayer en la fonda de Genieis?... Ah!... ya la conozco!

Eugenio. La conoce usted?

Maria. Mucho!

Eugenio. Mucho? Déme usted un abrazo!...

Maria. (*Desviándole.*) Dále con el abrazo!

Eugenio. Usted la conoce?... Ya no me separo de usted!... y no es verdad que es un tesoro?... un prodigio?... una deidad?

Maria. Pé!... Sí!... confieso que... á la verdad... no le falta algun mérito...

Eugenio. Algun mérito!...

Maria. Pero le aconsejo á usted que no piense en ella.

Eugenio. Por qué? Es casada?...

Maria. No, no es casada; pero...

Eugenio. Tiene compromiso?.. No me importa: ella me preferirá asi que llegue á saber cuanto la amo! Y digame

usted; dígame usted sus circunstancias... su clase... su familia...

María. Amigo, yo no gusto de publicar...

Eugenio. Hombre! esa reserva es ya estremada! Entre amigos!... Quiere usted presentarme en su casa?... recibe gentes?

María. Sí, sí; le presentaré á usted.—Hablaremos de esto mas despacio. Por ahora, agur...

Eugenio. (*Deteniéndole.*) No señor!... he dicho que no le suelto á usted... y ahora menos! Amigo mio, usted será mi salvador: mi tio quiere absolutamente casarme con una Doña María... qué se yo qué diablo de muger!... tan horrible como su nombre!

María. Y usted la aborrece?

Eugenio. Tanto como adoro á mi hermosa desconocida!

María. (*Aparte.*) Esto se va complicando.

Eugenio. Yo la he puesto en ridículo, y mis amigos me ayudan... usted me ayudará tambien, eh? diremos pestes de ella: quiere usted?

María. Con mucho gusto.

Eugenio. Se la pondremos á mi tio que no haya por donde cogerla... y al mismo tiempo ensalzaremos á las nubes á mi hermosa Aurora. Esa es la única muger que amo y que amaré toda mi vida!

María. (*Aparte.*) Vamos! tiene buen fondo.

Eugenio. Calla!... aqui están ya mis amigos!

ESCENA XI.

DICHOS. D. LUIS. D. MARIANO. D. RAMON. *Luego* LORENZO *y* ROSA.

Los tres. Hola, Eugenio!

Eugenio. Esto se llama ser puntuales.

Luis. No hay reloj mas exacto que el estómago, y aun no está puesta la mesa?

Eugenio. Sí: en la sala de adentro.—Lorenzo, y mi tio?

Lorenzo. No ha venido todavia, señorito.

Luis. Pues que vayan abriendo las ostras, y echa docenas; yo soy voraz! (*Viendo á doña María.*) Eugenio, Eugenio! quién es ese estudiantillo?

Eugenio. Don Carlos Aguilar, á quien esta mañana debí

servir de padrino en un desafio... un joven de mucho provecho, y grande amigo mio. (*Aparte á doña Maria.*) Los tres mas calaveras de Madrid.

Maria. (*Aparte.*) Ya se les conoce! (*Saludando.*) Caballeros... (*Aparte.*) Estoy entre buena gente! Cómo me escaparia!

Luis. (*Aparte á sus amigos.*) Qué figurilla de novato!... Es preciso ponerlo alegre, y será un buen lance!

Mariano. Sí... y tambien al tio.

Ramon. Es verdad, al tio! que cuando se achispa se pone célebre.

Luis. Lo que es ese no necesita que nos empeñemos.

Mariano. Lorenzo, saca el cajon de los cigarros.

Lorenzo. Voy allá. (*Saca un cajon: los tres amigos se acercan á la chimenea y se ponen á fumar.*)

Rosa. (*Aparte á Eugenio y á doña Maria.*) Ya le dí las cartas á doña Luisa.

Eugenio. Es verdad!

Maria. Y qué dijo?

Rosa. Queria subir á la fuerza... se puso furiosa.

Maria. Lloraria mucho, eh?

Rosa. Toma! hizo tantos aspavientos!... Pero luego de repente dijo, dice: «Vaya! pues no soy yo poco tonta!... ya se le pasará el enfado y me vendrá á buscar.»

Eugenio. Hola!... eso dijo?

Rosa. Y le dijo al lacayo: «al Prado, muchacho.»

Maria. Pues! á coquetear con otro.

Eugenio. Mejor! no hablemos mas de ella. (*Se separa.*)

Rosa. (*Aparte á doña Maria.*) De usted no he dicho nada, señorito.

Maria. Bien: yo te gratificaré. (*Vase Rosa.*)

ESCENA XII.

DICHOS. DON FACUNDO.

Facundo. Lorenzo, y las ostras son frescas?

Los tres amigos. Oh! señor don Facundo!

Facundo. Salud y buen apetito, caballeros! Lo que es yo no lo traigo pequeño.

Luis. Y cómo va ese valor?

Facundo. Bien; pero vengo muerto de hambre y es pre-

ciso proveer al instante á esta necesidad. Ademas, señores, sepan ustedes que la comida de hoy es para celebrar una gran solemnidad!

Todos. Cuál?

Facundo. Mi sobrino Eugenio, que está presente, los convida á ustedes para darles parte de su casamiento.

Eugenio. Tio, por Dios! ya le he dicho á usted que no gaste esas bromas, que son pesadas, y me va á hacer mal la comida.

Facundo. No te hará. Con las copas en alto se publicará la noticia.

Todos. Bien por el tio!

Facundo. Ya no puede volverse atras; me ha dado su palabra, y ademas traigo buenas nuevas... capaces de hacer subir los fondos un diez por ciento.

Eugenio. Cómo? qué?

Facundo. No lo digo hasta los postres; y cuando sepas la noticia caerás de rodillas á mis pies, pidiendo la mano de la que tanto has puesto en ridículo.

Eugenio. Ba, ba!

Maria. (*Aparte.*) Qué querrá decir?

Eugenio. Vamos tio, dígalo usted.

Facundo. Nada, no lo digo. Señores, quedan ustedes convidados á la boda. (*Viendo á doña Maria.*) Calla! Otro amigo de nuevo cuño? Los buscas ahora entre los chicos de escuela?

Eugenio. Es el joven de anoche... el del lance de las máscaras.

Facundo. Ah! ya. (*Saludando á doña Maria.*) Caballerito...

Maria. He venido á dar las gracias á su señor sobrino de usted, pero no me ha dejado marchar...

Facundo. Ha hecho muy bien mi sobrino. (*Aparte.*) Tiene buena pinta el chico: parece juicioso y poco amigo de francachelas...—Lorenzo, has subido los vinos?

Lorenzo. Sí, señor.

Facundo. Hoy es preciso darnos una buena, por despedida; comer y beber hasta no poder mas!

Todos. Aprobado!

Maria. (*Aparte.*) Ay, Dios mio! dónde me he metido!

Luis. (*Dándola en el hombro.*) Mocito, veremos qué tal lo hace usted!

Maria. Señores, yo no puedo: ya le he dicho al señor don Eugenio los motivos: no me es posible. (*Yéndose.*)

Eugenio. Eh, traicion! que se escapa! Cerrad la puerta! (*La traen y la detienen entre todos.*)

Maria. (*Aparte.*) Buenos estamos! qué imprudencia la mia!

Luis. Aquí firmes!

Facundo. (*Muy alegre.*) Hasta las doce de la noche!

Maria. (*Aparte.*) Dios mio! y mi tia que me espera! qué dirá!

Mariano. Aqui á destripar botellas de champaña!

Ramon. A beber ponche!

Facundo. Y á contar cuentos verdes!

Maria. (*Aparte.*) Dios me favorezca!—Señores, eso no!

Facundo. Por qué no? Entre hombres solos...

Eugenio. Es claro!

Facundo. Y la cancion aquella...

Luis. Aquella tan atroz!...

Facundo. Esa, esa! que quiero aprenderla.

Luis. (*Riendo.*) Asi le educaremos.

Facundo. Por principios.

Maria. (*Aparte.*) Yo estoy asustada! qué hombres estos!

Lorenzo. La sopa está en la mesa.

Todos. Viva!

Eugenio. A comer, señores!

Facundo. Vamos, vamos. (*Dirijense á la sala de comer. Doña Maria trata de escaparse, pero lo notan y la hacen seguirlos por fuerza.*)

Eugenio. Que se escapa!

Todos. Eh, adentro, adentro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

María. No he oido mas que ruido de platos rotos.

Facundo. Justamente: ha sido un movimiento oratorio que he tenido... á lo Ciceron. Dicen que he estado sublime! Yo guardaba la cosa para los postres, pero no he podido resistir á mi impaciencia...

María. Y qué?

Facundo. Que al fin le he descubierto que su dama misteriosa del Prado y de la fonda de Genieis es la misma doña Maria.

María. Y quién le ha dicho á usted?...

Facundo. Toma! El agente de la misma doña Maria... que le he hecho una visita, y me ha contado que fue él quien ayer las acompañó á ella y á su tia á comer á la fonda de Genieis.

María. (*Aparte.*) Maldito hablador!

Facundo. Con este dato me he presentado en la palestra... le he hecho un discurso en que le he dicho... le he dicho... qué sé yo cuántas cosas! Pero con una lógica y una elocuencia!... voz clara... sonora...

María. Ya, ya.

Facundo. Y en la conclusion, arrebatado ya del entusiasmo oratorio... me traje hácia mí una pila de platos... y revuelto con los platos á mi sobrino, que se echó en mis brazos, esclamando: «Sublime tio, yo he sido un loco! Usted me hace feliz!»

María. Y ha consentido?

Facundo. Solemnemente.—Soy un hombre de provecho.

María. Muy bien: pero dígame usted; y ella, cree usted que consentirá?

Facundo. Doña Maria? Si ya era cosa arreglada con su tia... una buena señora... doña... doña Fulana... ya no me acuerdo del nombre... porque todavia estoy un poco... conmovido.

María. Ya. Pero como despues ha visto que su sobrino de usted no pensaba en ir á verla... despues de haberla anunciado la visita hace un siglo... puede que ella no esté muy inclinada...

Facundo. Ba!... ya lo compondremos!... se dirá que mi sobrino ha estado malo... que se ha roto una pierna... cualquier friolera. Usted me ayudará, no es así? El dice que usted conoce mucho á esa señora.

María. Algo la conozco.

Facundo. Vamos!... ya me lo he figurado: si soy yo muy lince! En confianza: usted es algun pariente suyo, y ella le ha encargado que observe á Eugenio, estudie su caracter, sus inclinaciones, y la cuente luego...

María. Precisamente; y por eso he tratado de introducirme aqui y hacerme amigo suyo.

Facundo. Calla! ahora que me acuerdo!... La máscara que me embromó anoche y me hizo tantas preguntas acerca de Eugenio...

María. Era yo.

Facundo. Calle usted!... y yo que le conté todas sus locuras! Ay, amigo! por Dios, no se lo diga usted á ella! Ya ha visto usted despues que Eugenio es un escelente muchacho.

María. Si; que se enamora de cuantas ve.

Facundo. Pero eso no hay que decírselo á la novia: á las mugeres se las engaña con cualquier cosa.

María. Sí, eh?

Facundo. Toma! son unas infelices! Pero Eugenio es la misma constancia.

María. (*Aparte.*) La verdad es que eso pende de la muger con quien se da.

Facundo. Mírelo usted, mírelo usted!... viene loco de alegria.

ESCENA IV.

DICHOS. DON LUIS. DON EUGENIO. DON MARIANO. DON RAMON, *todos algo alegres.* LORENZO, *que trae un ponche, café y licor.*

Eugenio. Carlitos, sabe usted la noticia? Soy el hombre mas feliz de la tierra.

Luis. Sí; pero esa no era razon para hacernos dejar la mesa.

Eugenio. Hombre, déjame ya de mesa!

Facundo. Aqui tomaremos el ponche.

Eugenio. Vea usted lo que es tomar antipatía á un nombre, sin saber por qué! Ahora el de doña Maria me parece precioso. Doña Maria! Maria!... Tiene un no sé qué de...

Facundo. (*Echándose ponche.*) De reina goda.

Maria. (*Aparte.*) Se ha enamorado de veras!

Luis. Pero, hombre, de veras vas á casarte? estás desesperado?

Mariano. Te has vuelto loco?

Ramon. Quieres enterrarte?

Luis. Casarse! qué estupidez!

Mariano y Ramon. Qué barbaridad!

Eugenio. Barbaridad!... con una muger adorable.

Facundo. A que me lo vuelven estos condenados?—Eh, señores, poco á poco; no hay que seducirme á mi sobrino: me ha dado ya su palabra.

Eugenio. Es verdad, se la he dado; y mi palabra es sagrada.

Luis. Usted se la ha arrancado en un arrebato de sensibilidad.

Facundo. Que se la he arrancado?

Los tres. Es verdad!

Facundo. Qué llaman ustedes arrancar?

Luis. A ver, discutamos sin acalorarnos.—Venga rom.

Facundo. Venga rom.—Yo no me acaloro; pero digo y repito... Qué buen rom!

Luis. Si él la amara...

Eugenio. Que si la amase? No te digo que la idolatro, que estoy loco por ella?

Facundo. Sí señor, la idolatra; y por mas que ustedes se empeñen... Otro vasito de ponche.

Luis. Idolatrarla, bien; pero casarse con ella!... Quién ha de ser tan bendito que se una con semejante muger?

Maria. (*Aparte.*) Qué oigo!... qué querrá decir?

Facundo. (*Señalando á doña Maria.*) Chit!... prudencia: mire usted que ese jovencito es... quien es... y no aguanta pulgas.

Luis. Me alegro: por lo mismo voy aqui á hacer la historia de la susodicha dama.

Maria. (*Aparte.*) Que no pueda yo hablar!

Eugenio. Cuenta la historia, cuenta: yo te responderé.

Facundo. (*Aparte á doña Maria.*) Cree usted que en efecto tendrá algo que contar?

Maria. Cómo es eso?... Yo desafio á cualquiera...

Facundo. Pues hable usted y métale el resuello.

Maria. Ya; pero en mi posicion... ya conoce usted... Diga usted, caballero, (*A Luis.*) usted la conoce?

Luis. Y mucho.
María. Cómo mucho?
Luis. Es decir, yo en mi vida la he visto...
Todos. (*Riendo.*) Ah !...
Luis. Pero cierto amigo mio, llamado Enrique...
María. Enrique Mendoza? Un fátuo que quiso hacerla la córte, y ella le despreció como merecia.
Eugenio. (*A Luis.*) Eh? qué tal?
Todos. Qué tal ?
Luis. Poco á poco!... pido la palabra. (*Colocándose como para echar un discurso.*) Señores, por mas que repugne á mi proverbial reserva y conocida formalidad el propalar noticias que ofendan el respeto debido al bello sexo, en la ocasion presente no puedo menos de aventurar la siguiente proposicion : señores, qué opinais de una muger que tiene por costumbre cuotidiana el disfrazarse con trage varonil?
Todos. Se viste de hombre? Ay, señor don Facundo!
Facundo. Y bien, y qué? es verdad: su agente me lo ha dicho: cuando vivia su marido el general, que era muy amigo de ir á caza, ella le acompañaba á caballo vestida de hombre. Y qué?
Eugenio. Eso no prueba mas sino que es bien formada.
Facundo. Bien respondido!
Luis. Siento no haberme esplicado lo suficiente para que me entienda esta ilustrada asamblea: el vestirse de hombre esa señora tiene por principal objeto ocultar sus amores clandestinos.
María. Caballero !
Eugenio. Luis !
Facundo. Eso no es cierto: si lo fuera me lo hubiese dicho el agente.
Todos. (*Riendo.*) Ah, ah, ah!
Facundo. Digo que no es cierto!
Luis. Yo apuesto veinte onzas á que sí.
María. Nada de apuestas, señor mio; pruebas.
Eugenio. Sí señor, pruebas; ó de lo contrario...
Luis. Pruebas? pues bien, voy á darlas. (*Viendo salir á Lorenzo con un ponche ardiendo.*) Aqui tengo un testigo.
Todos. Lorenzo!
Luis. Ven acá, y presta declaracion en forma.

Lorenzo. (*Dejando el ponche.*) De qué?

Luis. Vas á declarar sobre un asunto...

Facundo. No vale prevenirle...

Todos. Silencio!

Luis. Ayer mañana, cuando vine yo á buscar á don Eugenio, que estaba fuera, no salia de la fonda una señora cubierta con un velo?

Lorenzo. Con un velo?... Toma! vienen tantas! Aguarde usted: sí señor, una que vino á tomar un cuarto para un joven.

Maria. (*Aparte.*) Cielos!

Luis. Oyen ustedes? para un joven. (*A Lorenzo.*) No te pregunté yo quién era, y tú me enseñaste un papel donde habia puesto su nombre?

Lorenzo. Es verdad.

Luis. Y qué nombre era?

Lorenzo. Aguarde usted... doña... doña Maria Aurora...

Eugenio. Doña Maria Aurora!

Lorenzo. Eso mismo.

Eugenio. Es posible!

Todos. Bien por Luis!

Facundo. Pues no señor, eso no puede ser, porque... porque... (*A doña Maria.*) Responda usted, hombre.

Maria. Pues sí señores; vino á la fonda, y tomó un cuarto para un joven... para mí que soy su primo.

Todos. Para usted!

Eugenio. (*Furioso.*) Su primo!... Ahora caigo!... Ah! traidor!.. y el trataba de hacerme casar con ella, con intenciones hostiles! Seguro!...

Luis. Es mas que probable: los primos son siempre los que nos juegan esas malas partidas.

Eugenio. Qué infamia!

Maria. Cómo, señores!... ustedes suponen?...

Todos. (*Riendo.*) Vaya! con el primito!...

Eugenio. Este niño es una sierpe!... Dos me ha quitado en un momento! A Luisa y á su prima!... Con las dos tenia amores á un tiempo!

Todos. Miren el diablillo!

Eugenio. Espresiones á la prima, amigo mio!... que usted se divierta!

Todos. Que sea enhorabuena!

Maria. (*Casi llorando.*) Basta, señores!... Tantos contra

una pobre muger!... (*A Eugenio.*) Y usted que debia defenderla, atacar tambien su opinion!... difamarla por el dicho de un criado!... Está bien: no diré una palabra mas, señores: mi prima no necesita qùe nadie la justifique; pero ustedes quedarán triunfantes, porque ella no dará jamás su mano á quien en tan mala opinion la tiene, á quien tan villanamente la abandona á la burla y al sarcasmo de necios libertinos. (*Aparte.*) Se acabó: no lė volveré á ver! (*Se va.*)

Eugenio. (*Queriendo detenerla.*) Carlitos!... oiga usted...

ESCENA V.

DICHOS, *menos* DOÑA MARÍA.

Facundo. (*Contristado.*) A Dios mi dinero! Todo se lo llevó el demonio!

Eugenio. Por vida de!... Haberse burlado de mí ese mequetrefe!... Haberme hecho perder la mas dulce ilusion de mi vida!... Y no habeis reparado que al bribon casi se le saltaban las lágrimas?

Luis. Es claro! Hablabamos mal de su Dulcinea!...

Mariano. Es su amante: eso no tiene duda.

Luis. Y ahora que recuerdo... El nos ha insultado!... nos ha llamado necios y libertinos! — Voy...

Eugenio. Eh! cuidado! Mira que el niño ese le pega una estocada al lucero del alba!

Luis. (*Deteniéndose.*) Hola: ya le buscaré yo.

Facundo. El niño ha tenido razon: todas esas no son mas que calumnias; porque si hubiera algo... el agente me lo hubiera dicho.

Eugenio. Bien, tio; pero por Dios, no vuelva usted á hablarme de ella: no se me olvidará la leccion!... Desde hoy juro aborrecimiento á todas las mugeres... y téngalo usted entendido: no me caso jamás!

Facundo. (*Levantándose y dejando caer la silla.*) Que no te casas jamás?

Los tres. Don Facundo!... cuidado con caerse!

Facundo. Este muchacho me ha de volver loco!

Eugenio. Despues de lo que ha pasado, ya no puede usted exigir que me case con esa Doña María, ó Doña Diabla!... Es un nombre atroz!... siempre lo dije.

Facundo. (*Cada vez mas borracho.*) Doña María ó Doña Diabla: te casarás con ella: me has dado tu palabra!

Eugenio. Pues la retiro.

Facundo. (*Fuera de sí.*) Hola! la tomas por ahí?... Pues bien!... guerra á muerte!... yo te declaro delante de testigos... entiendes?... yo te declaro... yo, tu tio... y no creas que porque estoy un poco alegre...

Luis. Un poco, eh?...

Facundo. O un mucho!... no me importa, sí señor; he querido calentarme los cascos para resolverme á decirle mi voluntad: oígala usted, señor sobrino... Si mañana mismo no te casas, te deshéredo!

Todos. Mañana!

Luis. Desheredarlo?

Eugenio. Tio!... eso es una tiranía!

Facundo. No me importa!

Eugenio. Y con quién me he de casar?

Facundo. No me importa (*Con la copa en la mano.*) Con quien te dé la gana! Y ten entendido, que si mañana no te casas... á fé de Facundo Chinchilla, busco novia, me caso yo y te doy una docena de primitos.

Luis. Primitos!

Eugenio. Tio! no sueñe usted!

Facundo. Lo dicho. (*Yéndose hácia la chimenea.*) Y que usdes pasen buena noche.

Lorenzo. Eh! señor!... que no va usted bien por ahí.

Facundo. Animal! piensas que no sé el camino? iba á mirar el relój. A ver; las seis.

Los tres. (*Riendo.*) Ah! ah!... Las doce y media.

Facundo. Que ustedes pasen buena noche. (*Se va dando traspies.*)

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* FACUNDO.

Luis. Ya lo has oido, Eugenio: está furioso; y la sentencia es horrible!... Vamos, es preciso que te cases, sin remedio.

Eugenio. Y en veinte y cuatro horas!

Luis. O te desherada. (*Bebiendo.*)

Eugenio. (*Con furia y resuelto.*) Pues váyase á los infiernos la herencia!

Luis. Calla! hombre! Qué estás diciendo?... Mira que tú no tienes nada, y el tio es un Creso!

Eugenio. No quiero para nada su riqueza!

María. Y si se casa?

Eugenio. Qué se case.

Ramon. Y si tiene hijos?

Eugenio. Que los tenga!

Luis. Te quedas por puertas!

Eugenio. Mejor! Estoy desesperado! Ne veis que todo su empeño es que me he de casar con la buena pieza de Doña María, que la tiene montada en las narices? Porque, ya se vé, en veinte y cuatro horas ya supone él que no es posible que yo encuentre otra.

Los tres. Pues bien, á ella!

Eugenio. (*Mas rabioso, dando con la silla en el suelo.*) Pues bien, no! no! no! no!—Lorenzo, dame ponche. —A mi no se me trata como á niño de escuela! Si él tiene dura la cabeza, yo la tengo mas!... y primero que darle gusto, me casaré... qué sé yo!... con la primera que pase por la calle... con la primera muger que se presente á mis ojos, sea quien fuere!

Luis. (*Riendo.*) Hombre! eso si que seria jugarle una que lo aplastaba!

Eugenio. Pues como me apure mucho...

Luis. Un casamiento-lotería... al primer estracto.

Mariano. A la gallina ciega!

Ramon. Y puede que saliera mejor!

Eugenio. Eso por supuesto! mejor que con Doña María!... Vaya!

Luis. Y cargabas con la herencia.

Eugenio. Es claro! No ha dicho que con tal que me case, no le importa con quién?

Luis. No eres tú hombre de dar ese golpe.

Eugenio. Por qué no?

Luis. Porque no tienes valor para eso!

Eugenio. Yo tengo valor para todo!

Los tres. Qué disparate!

Luis. A que no lo haces?

Eugenio. A que sí?

Luis. Diez onzas á que no!

Eugenio. Diez onzas?... veinte á que sí?

Los tres. Veinte!

Luis. Anda, que estás borracho!

Eugenio. Que no lo estoy!... que van apostadas!—Mariano, escribe ahí. (*Don Mariano se sienta á escribir.*)

Mariano. Andando.

Luis. Que te casas con la primer muger que se te presente?

Eugenio. Escribe, con la primera que pase por la calle.. (*Yendo á la ventana.*) Aguarda!—no, cáspita! que es la una de la noche... y las que ahora pasan...

Los tres. Ya tiene miedo!

Eugenio. Miedo yo? Pon ahí: con la primer muger que se presente á mis ojos, de aquí á mañana por la mañana: con la primera, sea quien fuere, me caso!

Luis. Veinte onzas?

Eugenio. Veinte onzas, que se gastarán en una comida.

Luis. Sin volverse atrás?

Eugenio. Palabra de honor!

Luis. (*Dándole la mano.*) Está hecha la apuesta.

Mariano. (*Levantándose.*) Y escrita en téminos precisos.

Luis. A qué no la firma?

Eugenio. A qué no la firmo? (*Toma la pluma.*) Sean ustedes testigos. (*Firma.*) Ahí está.

Luis. Este es tu contrato de matrimonio.

Eugenio. Ahora, señor tio, veremos quien es mas testarudo de los dos. (*Dejándose caer en una butaca.*) Uf!... estoy muerto de sueño!

Luis. Los humos de marido!

Eugenio. Aquí espero á mi casta esposa, que se presente!

Los tres. Chit!... tu tio!

Eugenio. Ahora sí que va á renegar!

ESCENA VII.

DICHOS. DON FACUNDO.

Luis. Calla!... Don Facundo!... no se ha acostado usted?

Facundo. Me he acordado de que no he tomado café! y ademas, quién duerme con la bulla que meten ustedes!

Luis. Es que estamos celebrando su triunfo de usted.

Facundo. Cómo es eso?

Mariano. Ha salido usted victorioso

Ramon. Se ha rendido!

Luis. Mañana se casa.

Facundo. Es posible!... Y con quién?...

Mariano. (*Dándole el papel.*) Lea usted.

Eugenio. (*Medio dormido.*) No lo sabemos á punto fijo... ya se presentará... usted se empeñó...

Facundo. (*Despues de leer.*) Estoy durmiendo!... cómo es esto!... con la primera que se presente?

Luis. Justo! Con la primera, sea quien fuere.

Eugenio. Lo mismo me da una que otra. — Ya ve usted como le obedezco.

Facundo. Esto es un desatino!... Venga... (*Quiere coger el papel: pero Don Mariano se lo guarda.*) Vamos, basta de bromas!

Los tres. Nada! nada!

Luis. Usted le dejó en libertad de elegir muger.

Facundo. Pero no para esto!...

Eugenio. Vaya! nunca está usted contento! — Buenas noches, tio.

Facundo. Esto no lo permito!...

Mariano. Hay una apuesta hecha.

Ramon. Y firmada.

Luis. Veinte onzas de oro.

Eugenio. Y mi palabra de honor.

Facundo. Dios me favorezca!

Luis. Nada! es cosa sencilla; la primera muger que vea de aquí á mañana. Y para que no haya trampa, mire usted... nos instalamos en esa sala: todavía hay ponche y cigarros.

Facundo. Pero, Eugenio!... pero, señores!... Háganse ustedes cargo...

Eugenio. (*Durmiéndose.*) Ya le he dado á usted gusto... si me sale mal... usted tendrá la culpa. — Hasta mañana. (*Se duerme poco á poco.*)

Luis. Pasaremos el rato redactando las esquelas para dar parte de la boda.

Facundo. (*Dejándose caer en la otra butaca.*) Ay! á mi me va á dar algo!

Luis. (*Llevándose á los otros dos.*) Vámonos, vámonos!... Ah! ah!... el tio!... cómo se ha quedado!... (*Se va riendo.*

ESCENA VIII.

DON FACUNDO. DON EUGENIO *dormido.* LORENZO *llevándose el ponche y licores.*

Facundo. (*Levantándose.*) Dios de Israel!... Con la primera que se presente!... Esto es increible... vamos, no habrá en el mundo nadie que lo crea! (*Llamando á su sobrino.*) Eugenio!... sobrino! está como un plomo!... He aquí las consecuencias de su vida desarreglada!... (*En tono lamentable.*) Lorenzo!

Lorenzo. Señor.

Facundo. Esto se llama un tio digno de compasion! Anda... súbeme una taza de té.... Me ha hecho daño la comida.

Lorenzo. Mejor seria una copita de aguardiente, señor.

Facundo. Mejor es nada! nada! — Pues señor, yo me instalo aquí, y no dejo asomar por esa puerta ningun bicho con faldas. (*Repentinamente.*) Ay! qué ocurrencia! Voy á hacer que se le presente la primera Doña María. Lo que han dicho de ella es una calumnia... estoy seguro de ello. Toma! me lo hubiera dicho el agente. Sí, si: este va á ser un golpe maestro! Oh! señores mios!... yo les enseñaré á ustedes!... Lorenzo!... estás ahí?

Lorenzo. Si señor, aqui estoy.

Facundo. (*Trayéndoselo á su lado.*) Mira; vas ahora mismo á la calle de la Luna...

Lorenzo. A la calle de la Luna?... Pero señor, si ya es tan tarde!

Facundo. No importa: toma un sereno. Calle de la Luna... ya sabes, donde fuiste con aquella carta mia...

Lorenzo. Ya sé.

Facundo. Pregunta por la señora mayor.

Lorenzo. Bien está.

Facundo. Y la dices... á la señora mayor, que mi sobrino consiente en la boda consabida...

Lorenzo. Con la señora mayor?

Facundo. (*Dándole un encion.*) No, animal! Con su sobrina; pero que para efectuarla... acuérdate bien de esto: que para efectuarla es indispensable que su sobrina... Dona María, venga aquí ahora mismo.

Lorenzo. Ya estoy: la que vino á tomar el cuarto...

Facundo. Que venga ahora mismo, estás? Y cuenta con media onza, si la traes.

Lorenzo. Media onza! Vaya!... me la traigo de los cabezones!

Facundo. Y dí que me suban té... Ah! y que no dejen entrar á nadie que pregunte por mi sobrino... sobre todo, si es muger.

Lorenzo. Pero la lavandera si entrará?... hoy la toca...

Facundo. No, bárbaro! que no la dejen entrar! Anda. (*Vase Lorenzo.*) Podia casarse con la lavandera!

Eugenio. (*Soñando.*) La novia!... la novia!...

Facundo. Si! la novia!... ya verás qué novia! Dichoso sobrino! qué pesadumbres me dá! (*Cerrando las puertas y balcon.*) Ahora! lo cierro todo... y aunque venga la emperatriz de Marruecos... no mete aquí las narices. (*Llaman á la puerta.*) Calla! ya empiezan los sustos! (*Llaman otra vez.*) Quién está ahí?... no es nadie.

María. (*Dentro.*) Señor don Facundo!

Facundo. Ah! es el primito; este puede ayudarme, que es muchacho de chispa. (*Abre.*) Entre usted... entre usted... Viene usted solo?

ESCENA IX.

DON FACUNDO. DOÑA MARÍA.

María. (*Saliendo.*) Si señor: por qué lo pregunta usted!

Facundo. Porque no viniera con usted alguna muger... No veo mas que mugeres!... Estoy aterrado!

María. Cómo es eso?

Facundo. Por mi sobrino. Si usted supiera!...

María. Chit! no le dispierte usted! No quiero hablarle: de usted sola queria despedirme y dejarle esta carta... porque estoy obligado á justificar á mi prima.

Facundo. Todo es una calumnia!... Bien lo dije yo siempre! Pero el pobre Eugenio... bien castigado está. Mírelo usted!

María Está durmiendo muy tranquilo.

Facundo. Sí, le parecerá á usted. Tiene la espada de Damocles colgada sobre su cabeza.

María. Qué quiere usted decir?

Facundo. Y colgada de un cabello! La mayor desgracia.

María. (*Con interes.*) Una desgracia!

Facundo. Le contaré á usted. (*Va á buscar una silla.*)

Eugenio. (*Soñando.*) Querida Aurora!

María. (*Aparte.*) Aun piensa en mi! Mejor! cuando se despierte encontrará esta carta. (*Va á ponerla en la butaca.*)

Eugenio. (*Cogiéndola la mano.*) Ah! no te separes de mí! (*La carta se cae al suelo.*)

María. (*Con un grito ahogado.*) Ah!

Eugenio. Ya sabes cuanto te amo!

Facundo. (*Viniendo con la silla.*) Ya ve usted qué sueño tan agitado!

María. (*Retirando con cuidado la mano.*) Pero en fin qué le ha sucedido?

Facundo. Que de un momento á otro le puede caer encima una teja... un rayo!

ESCENA X.

DICHOS. ROSA *que sale con el té por la puerta que* DOÑA MARÍA *dejó entreabierta.*

Rosa. Señor, aquí está el té que usted ha pedido...

Facundo. (*Asustado.*) Ahí está la teja! (*Furioso.*) Qué buscas aquí?... responde!

Rosa. (*Asustada.*) Yo... Señor...

Facundo. Calla!... calla!... Dios mio! si se despierta!... con semejante Maritornes! (*A Rosa.*) vete!... vete!...

Rosa. (*Aturdida.*) Pero es qué...

María. Pero qué enfado es ese?

Eugenio. (*Despertando.*) Qué bulla es esta? Carlos aquí!... estoy soñando?

Facundo. (*Tapando á Rosa.*) Sí... sí... Carlitos... el mismo. (*A Rosa en voz baja.*) Vete, bruja!... (*A Eugenio.*) Carlitos... que venia... (*A Rosa.*) No te vas?...

Rosa. Si usted me empuja... (*Se le cae al suelo la taza.*) Ay! Ay!

Eugenio. (*Viéndola.*) Qué veo!... Rosa!... Ay! desgraciado de mí!... y la apuesta!

Facundo. (*Desesperado.*) Ya la ha visto! Somos perdidos!

Luis. (*Dentro.*) Quién llama?

Facundo. Ahora vendrán los otros al ruido! (*A doña María.*) Carlitos... hágame usted el favor de tirarla por el balcon.

Rosa. Vaya una idea!... que es piso segundo!

María. Pero por qué es todo esto?

Facundo. Por una apuesta: si Eugenio la vé está obligado á casarse con ella.

Luis. (*Dentro.*) Don Facundo!

Facundo. Ellos son!... vamos á cerrar la puerta.

María. Casarse con la criada!... Eh! esta es una familia de locos! (*Se va por la puerta del foro, y echa la llave por fuera.*)

Facundo. (*Echando el cerrojo á la otra.*) Eh!... esa no... no la cierre usted!... Nos ha encerrado!... (*A Rosa.*) vete!... vete!... ó te ahogo!

Rosa. (*Corriendo de un lado á otro.*) Socorro!... Socorro!... quién me ampara?

Luis. (*Dando golpes.*) Amigos!... he oido una voz de muger!

Facundo. (*Gritando.*) Es mentira!... Soy yo... que estoy cantando. (*Canta.*) «Socorro! Socorro!... Quién me ampara!» (*A Rosa, en voz baja.*) Infame! si no te vas...

Rosa. Pero por dónde?

Facundo. Métete en ese armario.

Rosa. Yo no cojo ahí!

Facundo. (*Empujándola.*) Sí cojes... estrechándote un poco...

Rosa. Quiere usted que me ahogue!...

Facundo. (*Metiéndola y cerrando.*) Yo te daré propina. (*Va á abrir.*)

Eugenio. Pero, tio, esta es una trampa!

Facundo. Calla, infeliz! por el honor de los Chinchillas! (*Abre la puerta.*)

ESCENA IX.

DON EUGENIO, D. FACUNDO, D. LUIS, D. MARIANO, D. RAMON, ROSA, *en el armario.*

Luis. Apuesto otras veinte onzas á que habia aquí una muger.

Facundo. Digo que no: era yo que estaba cantando. (*Canta.*) Socorro!... Socorro!...

Luis. No señor: yo he oido voz de muger.

Facundo. Si es que yo canto de tiple.

Todos. Buen tiple!...

Luis. Señores, nos están engañando! Apelo á la veracidad de Eugenio.

Eugenio. Yo... me he estado durmiendo... y todavia... (*Restregándose los ojos.*)

Luis. Pues señores, reconocimiento general.

Facundo. Eh! no sean ustedes pesados! Vamos, vamos... á jugar unas mesas... á tomar el fresco...

Luis. (*Viendo la carta en el suelo.*) Calla!... un billetito cerrado!

Eugenio. (*Tomándolo.*) Un billete... para mí!... (*Lo abre.*)

Luis. Luego muger ha venido... luego muger hay aquí: á buscarla.

Facundo. (*Poniéndose delante del armario.*) Registrénme ustedes... aquí estan mis bolsillos...

Los tres. (*Registrando el cuarto.*) Ahora veremos!...

Eugenio. (*Despues de leer.*) Qué he leido!... mi hermosa desconocida!... Aurora! disfrazada de hombre para observarme!... Ah, cuánto ingenio!... cuánta gracia!... (*Besando el billete.*) No hay remedio!... Estoy decidido!

Facundo. (*Acercándose á Eugenio.*) Qué es eso?

Luis. (*Abriendo entretanto el armario.*) Aquí está!... mírenla ustedes!

Todos. Rosa!

Luis. Rosa matutina, que se abre al salir la aurora!

Eugenio. Cielos!... y mi apuesta!

Facundo. (*Cayendo en una silla.*) Ya tengo cólico!

Rosa. Señores!... yo soy inocente!...

Los tres. (*Riendo.*) Ah, ah, ah!

Luis. Cómo diablos estás aquí escondida?...

Rosa. Ay! Jesus! en el cuarto de un hombre!... qué van á pensar de mí!

Luis. No te aflijas, encantadora Rosa, cuando la fortuna te sonrie. (*Dándola la mano.*) Ven acá, que eres digna por tu talle, por tu elegancia, de la suerte que te está destinada.

Rosa. Dios se lo pague á ustedes.

Facundo. Eh! señores! supongo que esa no cuenta?

Eugenio. Por supuesto que no! — Y ahora declaro...

Luis. Como que no cuentas? Podrán ustedes probarme que Rosa no forma parte de la mas hermosa mitad del género humano?

Rosa. Sí señor, que soy del género humano.

Luis. O será que ella no quiera contraer el santo matrimouio?

Rosa. Si señor, vaya! pues si estoy rabiando...

Eugenio. Bien; pero...

Luis. O será que ya esté casada?

Facundo. (*Aparte á Rosa.*) Di que sí.

Rosa. No señor, que soy doncella.

Luis. No eres tú la primera que Eugenio ha visto al despertarse?

Rosa. Yo lo creo! si estábamos aquí solos.

Luis (*Alzando la voz.*) Está hecho el juego! Eugenio se casará contigo.

Rosa. (*Aturdida.*) Don Eugenio!... Santos del cielo! yo estoy en babia!... Ay! qué fortuna!...

Luis. Honor á los esposos!

Los tres. Vivan los novios!

Eugenio. Señores, poco á poco... esto es abusar...

Facundo. Son atroces!

Rosa. (*Acercándose con aire pudonoroso.*) Señor don Eugenito, no tenga usted reparo, que yo seré cariñosita y fiel...

Facundo. Quítate de en medio! vívora.

Rosa. Vaya! pues no la ha tomado hoy el viejo conmigo! Qué le he hecho yo á usted?

Luis. O te casas con ella, ó me das las 20 onzas.

Eugenio. Veinte mil te daré primero! Teniendo una muger que es un ángel! mi Aurora!—Oye, Mariano, prestame veinte onzas.

Mariano. Con mucho gusto lo haria; pero no tengo un cuarto.

Eugenio. Tio!... por última vez!...

Facundo. Veinte onzas!

Eugenio. Para salvarme.

Facundo. Veinte mil diablos que te lleven! Si fuera para casarte con Doña María!... pero...

ESCENA XII.

DICHOS. LORENZO.

Lorenzo. (*Hijadeando.*) Aquí la traigo!

Facundo. (*Volviéndose.*) Dónde?

Lorenzo. En el bolsillo!

Facundo. A doña Maria?

Lorenzo. No señor; la respuesta de la señora mayor. (*Le da una carta.*)

Luis. Hola! Usted la mandó venir?... Segunda trampa!

Lorenzo. (*Aparte á Rosa.*) Me he ganado media onza para nuestra boda!

Rosa. (*Con dignidad.*) Hágame usted el favor de no propasarse conmigo.

Lorenzo. Qué es eso!... ya no quieres que nos casemos?

Rosa. Tengo otra proporcion mejor: me caso con el del número 10.

Lorenzo. (*Riendo.*) Con don Eugenio?

Facundo. Esta es otra!

Eugenio. El qué?

Facundo. (*Leyendo.*) «No sé qué recado es el que usted me envia, ni puedo decirla á mi sobrina que vaya, porque desde ayer que fue á ver á usted no ha vuelto á casa.»

Eugenio. Desde ayer!

Facundo. Que vino á vernos!

Eugenio. Ya caigo!... era él!... era ella!...

Facundo. Quién?

Eugenio. La divina Aurora; la primera que he visto!

Rosa. No señor: la primera he sido yo: aqui no habia nadie mas que el señorito ese del número 9.

Eugenio. El número 9!

Facundo. Ay, qué rayo de luz!

Eugenio, Me he salvado!

Los tres. Cómo es eso?

Facundo. (*Abrazando á Eugenio.*) Sobrino mio, Carlitos será tu esposa.

Luis. Se ha vuelto loco!

Facundo. Pero cómo la desenfadaremos? Ya se habrá marchado...

Eugenio. (*Aparte, mirando á la puerta secreta.*) Sospecho que no: cualquier cosa apostaria á que nos está escuchando. Si yo pudiera hallar un medio para asustarla y hacerla salir. (*Recorriendo la escena con gran desesperacion.*) Sí, tio, sí! tiene usted razon! Ya la he perdido!... y por culpa mia! Ah! supuesto que no he de volverla á ver, para qué quiero la vida! (*Yendo á sacar las pistolas.*)

Todos. Qué vas á hacer?

Facundo. (*Asustado.*) Deja esa pistola, deja esa pistola!

Eugenio. No hay que detenerme! quiero morir! (*Dispara al aire.—Abrese de golpe la puerta secreta y se oye un grito de muger.*)

Todos. Qué veo!

ESCENA XIII.

DICHOS. DOÑA MARIA, *de muger.*

Maria. (*Pálida de terror.*) Cielos!... Qué ha sido eso?

Eugenio. Nada, señora: llamarla á usted... como llaman los náufragos cuando van á perecer.

Maria. (*Con la mano en el corazon, dejándose caer en una silla.*) Ay!... no me ha quedado sangre en las venas!

Facundo. (*Cayendo del mismo modo en otra silla.*) Ay!... á mí me sucede dos cuartos de lo mismo!

Luis. (*Mirándola.*) Es el Carlitos!

Eugenio. Mi hermosa desconocida.

Rosa. El señorito del número 9, vestido de muger!

Facundo. (*Levantándose y yendo á darla la mano.*) La señora doña Maria!

Maria. Sí señores: soy todo eso que ustedes han dicho. Y agradezco al señor don Eugenio que me haya presentado esta ocasion de justificar á doña Maria...

Eugenio. Ah! no crea usted...

Luis. (*Saludándola.*) Señora, yo...

Maria. Nada de disculpas: ustedes tenian motivos para creerlo. (*Mirando con malicia á Eugenio.*) Doña Maria es una muger rara... ridicula...

Eugenio. (*En actitud suplicante.*) Ah! Señora...

Maria. Una tonta, sin modales, sin mundo...

Eugenio. Por compasion!...

Maria. Que se viste de hombre, que se va á una fonda y toma un cuarto para cierto joven, primo suyo... Ah! es una loca... convengo con ustedes. Pero bien merece que usted la disculpe, señor don Eugenio, puesto que le libra de un enlace que usted miraba con aversion, y que viene en persona á devolverle su palabra.

Eugenio. Al contrario, señora. Ese enlace lo quiero, lo deseo, lo solicito de rodillas!.

Facundo. (*Arrodillándose tambien al otro lado.*) Y yo tambien.

Eugenio. Si usted se niega, seré capaz de todo.

Facundo. Y yo tambien.

Eugenio. Me mataré.

Facundo. Y yo tambien...—Digo, no; eso no. (*En voz baja.*) Por Dios, doña Maria! Mire usted que tiene allí otra pistola cargada!

Maria. (*Con un ademan de susto.*) Cómo!

Facundo. (*Aparte.*) A ver si metiéndola miedo...

Maria. Esto es casi una violencia, señores!

Eugenio. Si he sido culpable con doña Maria, mi hermo-

sa Aurora ha sido la causa: Carlitos sabe cuánto la amo: que sea él mi defensor.

Facundo. Sí, sí, que le aconseje á usted esta boda.

María. Lo que es él... ya creo que me la aconseja; pero hay razones en contra...

Facundo. Mayores las hay en pró. (*Aparte, indicándola la puerta secreta.*) Ya sabe usted qué lenguas hay en el mundo!... Y esa puertecilla de comunicacion... Cierreles usted la boca á esos calaveras.

Eugenio. Qué dice usted?

María. Cuando vaya usted á visitar á mi tia... veremos qué dice Carlitos.

Eugenio. Oh, felicidad!

Facundo. (*Abrazándolo.*) Venga un abrazo! No te dije que te casarias con doña María?

Luis. Te doy la enhorabuena. Tu boda me cuesta veinte onzas, pero muchas mas merece.

Rosa. Qué es esto! (*Furiosa.*) Y de mí, qué hacen ustedes? Para esto me metí en el armario, y he andado como un zarandillo?

Eugenio. Tienes razon: Luis te dará diez onzas para el dote, y las otras diez se las perdono.

Rosa. Muchas gracias.—Lorencito, ya he ganado diez onzas para nuestra boda.

Lorenzo. Pues no me dijiste?...

Rosa. Tonton!... eso fue por broma.

Eugenio. (*A doña María.*) Viva imagen para mí
del dia y la noche fuiste:
como *María* me hiciste
que la noche viera en tí;
mas cuando *Aurora* te ví,
salir vertiendo alegria,
descubrí por dicha mia
al resplandor de esta *Aurora*
la belleza encantadora
de mi adorada *María.*

FIN DE LA COMEDIA.

Un secreto de estado. 6
Memorias de un coronel. 4
Jusepo el Veronés. 6
El hijo de la tempestad. 6
Una boda improvisada. 4
Marcelino el tapicero. 6
Los dos solterones. 4
El hombre mas feo de Francia. 6
Noche toledana. 4
El juglar. 6
El castigo de una madre. 6
Las memorias del diablo. 6
Otra cosa con dos puertas. 6
Gaspar. 6
Llueven bofetones. 4
Cazar en vedado. 6
El corsario. 6
Cásate por interés. 6
A cazar me vuelvo. 8
Ser buen padre y ser buen hijo. 6
El sitio de Bilbao. 4
Cromwell. 6
Pablo y Paulina. 4
La novia de palo. 4
Soltera, viuda y casada. 4
El protestante. 4
Catalina de Médicis. 6
El caballero de industria. 4
Cristobal el leñador. 6
Gabriela de Belle-Isle. 6
El abuelo. 4
El médico y la huérfana. 4
El pacto del hambre. 6
El proscripto. 6
La degollacion de los inocentes. 6
Los dos celosos. 6
Los cómicos del rey de Prusia. 4
La abadía de Castro. 6
Un hombre de bien. 4
La carcajada. 6
Lázaro ó el pastor de Florencia. 6
Un secreto de familia. 6
Una aventura de Carlos II. 4
La molinera. 4
El mercader flamenco. 6
El secretario privado. 6
La cisterna de Alby. 6
Una cadena. 6
Amor y nobleza. 8
Antonio Perez y Felipe II. 8
Adolfo. 6
Amor venga sus agravios. 8
Antoni. 6
Ango. 6
Angelo, tirano de Pádua. 8
Amor y deber. 5
A un cobarde otro mayor. 4
Adel el Zegrí. 8
Baltasar Cozza. 8
Catalina Hovar. 6
Chiton !!! 5
Doña María de Molina. 8
Doña Urraca. 6
Doña Jimena de Ordoñez. 8
Doña Blanca de Navarra. 6
Diana de Chivrí. 6
D. Rodrigo Calderon. 8
Dos granaderos. 4
Dos padres para una hija. 4
Elvira de Albornoz. 6
El desconfiado. 8
El hijo predilecto. 8
Emilia. 8
El astrólogo de Valladolid. 8
El pária. 8
El campanero de san Pablo. 6
El casamiento nulo. 4
El afan de figurar. 4
El peluquero de antaño. 4
El pobre pretendiente. 4
El hijo en cuestion. 4
Está loca! 4
El dómine consejero. 4
El compositor y la estrangera. 4
El duque de Braganza. 5
El pilluelo de Paris. 5
El soprano. 4
El gondolero. 6
El castillo de san Alberto. 6
El ramillete y la carta. 4
El comodin. 4
El mulato. 6
El marido y el amante. 4
Fray Luis de Leon. 8
Funcion de boda sin boda. 6
Garcilaso de la Vega. 8
Guillelmo Colman. 6
Hernani ó el honor castellano. 6
Hija, esposa y madre. 6
Intrigar para morir. 8
Incertidumbre y amor. 6
Intriga y amor. 6
Isabel de Baviera. 6
La vieja del candilejo. 8
La politico-mania. 6
La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los celos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaró.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D'Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal !!!
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia mas de 350 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbuch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Principe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 36 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.º marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 20 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria	Gonzalez.
Alcoy	Marti Roig.
Alicante	Champourcin.
Burgos	Arnaiz.
Badajoz	Viuda de Carrillo.
Barcelona	Piferrer.
Cadiz	Moraleda.
Córdoba	Berard.
Coruña	Perez.
Granada	Sanz.
Habana	Urban Ramos.
Jaen	Orozco.
Jerez	Bueno.
Málaga	Aguilar.
Murcia	Gisbert.
Oviedo	Longoria.
Orense	Novoa.
Pamplona	Erasun.
Palencia	Santos.
Palma	Gelabert.
Santander	Riesgo.
Salamanca	Oliva.
Sevilla	Caro Cartaya.
Santiago	Rey Romero.
Vitoria	Ormilugue.
Valencia	Navarro.
Valladolid	Hijos de Rodriguez.
Zaragoza	Yagüe.